

lencia en todas sus manifestaciones es, como lo he venido sosteniendo a lo largo de este escrito, la protagonista principal de estos diez relatos. Veamos algunas de las frases que más llamaron mi atención: “[... llegaron] tantos de a pie y tantos de a caballo que muchos creyeron que no eran los jinetes de la chusma sino los mismos del Apocalipsis y que era el fin del mundo y no de los trescientos o cuatrocientos liberales que mataron enloqueciéndolos con fuego”. Violencia sin época: uno podría cambiar “chusma” por paramilitares o guerrilleros y liberales por campesinos o habitantes de un pueblo abandonado a orillas de cualquier río en Chocó, y el dolor sería el mismo... “Lo que necesitaban, tal vez, era mostrarles a los desplazados, refugiados en el coliseo o en el parque, que en ninguna parte estaban seguros. Que cuando ellos decían que se fueran era que se fueran lejos, no es que se arrimaran a la vuelta del camino”. Esta violencia ocurre en Cali, en Granada o en Tibú. El lugar no importa. Lo que pesa es el sufrimiento del desarraigo y la iniquidad del miedo... “Pero mamá no oyó a Napoleoncito ni guardaba en su memoria las verdaderas razones por las cuales mi abuela, con ella en el vientre, había tenido que salir loma abajo, hundiéndose en los barrizales de la Elisa, para escaparse de la muerte y la candela y dejar tendido a su padre achicharrándose en las cenizas de la tienda con tres disparos en la cabeza”. Este relato suena a bis: me trae a la memoria la cruenta historia, ocurrida en el Cesar y de la que se acusa a un alto personaje de nuestra política: seres humanos arrojados de sus tierras a literal sangre y fuego... “Llegaron con tanta fuerza, se metieron tan de lleno, que nadie alcanzó a medir las consecuencias de haberse *aguantado a los otros* durante seis años” (el subrayado es mío). ¿Será que algún colombiano desconoce el drama de miles de lugares como la Comuna 13 en Medellín, o Norcasia, en Caldas, donde la gente tiene que vivir hoy a la merced de un bando armado y mañana a la merced de otro, con los infinitos

riesgos para su vida que esto implica? “En las diligencias judiciales no se dijo nada de amores o infidelidades. Restrepo había encontrado a un hombre desconocido ingresando a su residencia en la madrugada y lo había matado con la escopeta...” ¿Ya se leyeron El Espacio de hoy? Obviamente, Álvarez Gardeázabal no es amarillista, pero las historias de este tinte aparecen en este diario... “La condena moral que impusimos en este pueblo fue de tal naturaleza que... a Alejandrina [le negamos] no sólo el andén sino la posibilidad de comprar el revuelto en la galería o tan siquiera de asomarse a misa en San Bartolomé”. Esta historia me recuerda el caso de un personaje involucrado en el Proceso 8.000, quien, una vez puesto en prisión, fue ampliamente criticado por sus preferencias sexuales por la más rancia alcurnia bogotana, con la que antes de caer en desgracia se codeaba noche a noche. Pasó a ser más importante el hecho de que fuera homosexual al hecho de que hubiera estado involucrado en la recepción de dineros ilícitos para financiar una campaña presidencial... “Y el negro Asprilla salió y con la misma fuerza con que agarraba el balón frente a sus rivales... con la misma furia con que fusilaba arqueros contrarios, dio el brinco de los simios del capó de su carro al capó del bus y con más furia todavía... de una sola patada, le partió el vidrio del parabrisas al bus... Los pasajeros no salían de su asombro”. ¿Hay alguien en Colombia que pueda decir que no ha sido víctima o ha visto este tipo de exabruptos?... Y la última, porque los ejemplos podrían ser inagotables: “Ambas, sin embargo, resultaron ser el objetivo de la pasión arropadora de Ramiro Jurado, el hijo del dueño [...] de la finca fundadora de Ceilán, y hay quienes dicen que lo fueron desde mucho antes de que él abriera la caja de Pandora de la traquetería y por sus manos corrieran los millones de dólares que los gringos pagan por meter perica y chutarse las venas”. El narcotráfico y sus consecuencias de violencia cotidiana han sido, definitivamente,

otra fuente de dolor y de violencia para millones de personas. ¿Alguien desconoce las historias privadas de los miembros de cualquiera de nuestros cárteles de la droga o sus historias públicas? Sí, la lista de violencias en Colombia podría nunca acabar. Pero como a esta reseña hay que ponerle punto final, me uno a la reflexión del autor vallecaucano cuando pone a uno de sus personajes a decir: La historia es un perro mordiéndose la cola. Ésa parece ser nuestra triste historia.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Una obra en estudio de luz

Socavón

Helcías Martán Góngora

Programa Editorial Universidad del Valle, Cali, 2004, 98 págs.

Silvio Villegas fue uno de los primeros críticos que pusieron atención a *Socavón*, esa obra corta que su autor, Helcías Martán Góngora, nacido en Guapi (Cauca), había enviado al concurso de novela de la compañía petrolera Esso. Lo primero que intuye Villegas de ese texto, que en dicho concurso alcanza una mención de honor, es no de tener frente a él una novela, sino de algo



complicado de catalogar. "Se trata —dice el crítico— del relato de mineros e inmigrantes que difícilmente se puede clasificar en el género novelesco. Propiamente es un poema lírico". Los editores actuales de la obra coinciden con lo que casi cuarenta años atrás había comentado Silvio Villegas, cuando dicen: "*Socavón*, novela, romance, poema, se lee con deleite, con notas de subyugadora belleza y es un precioso lienzo del paisaje, de la vida y de las costumbres del litoral caucano". Tal vez el que tenga la clave de qué clase de libro se trata sea el mismo autor: "Ni historia, folclor, ni memorial de agravios. He utilizado el procedimiento de los planos superpuestos, de los raudos brochazos, de las síntesis argumentales, la técnica del contrapunto musical".



En la superposición de planos, el narrador omnisciente participa de la misma narración para explicar que un sacerdote, o "pastor de almas" como le llama, le ha entregado en el litoral los papeles que preceden a su nota para que los pusiera en orden, corrigiera y concluyera el relato que el lector ha tenido frente a sus ojos y que se ha realizado "con base a las sintéticas observaciones contenidas en una libreta de bolsillo". Hasta aquí el manejo de la construcción de una estructura narrativa que para el año 1964 no era común en la literatura que se hacía en Colombia. En este sentido, se puede hablar de una originalidad en nuestro medio en la

creación de Helcías Martán Góngora. Se agrega otro sentido en la disposición de los cortos capítulos. Se trata de tres divisiones: "Los inmigrantes", "El aeropuerto" y "Los socavones". Estas tres partituras se subdividen en numerales, como para que el lector aprecie los diversos sentidos que el autor quiere proponer con la escritura en analogía impresionista. El ánimo creador de Martán Góngora establece, de esta forma, en raudos brochazos narrativos, las síntesis argumentales, la técnica del contrapunto musical, como si así, en la descripción fugaz del modelo al estilo Monet, el paisaje o figura no fuera más que un estudio de luz.

Las vidas de los personajes en *Socavón* transcurren como sombras, "cinco sombras, tal como si las enumerara con los dedos de una mano remota". Vienen de lejos, pertenecen a un grupo de emigrantes que la guerra europea ha arrojado a la costa del Pacífico colombiano como si se tratara de una marginalidad. La difícil geografía de esa región marina colombiana hace el resto. Los manglares, las marismas y la manigua producen el embrujo en estos seres que llegan de Europa para ser devorados por la fiebre amarilla de las minas, para perderse en los esteros, en "la tiniebla palúdica del trópico". Martán Góngora se cuida en su prosa de desabrocharse con regionalismos folclóricos. Sólo deja caer, sobre los peregrinos que actúan como personajes de su obra, el peso de una vida que para nadie es fácil y menos cuando se ha nacido lejos del "idioma caudaloso de los ríos".

El relato gira en torno al holandés Hans, una especie de Maqroll el Gaviero de la aventura, que en lo físico es un esperpento fantasmal, huesudo, de cabellos nórdicos, que pudo haber nacido en las dunas de Helder o en los astilleros de Flessinga. Sus antecedentes lo colocan en cualquier oficio: "Estudiante escapado de las aulas de *Tilburg* o *Delft*; mano de obra de los *polders*; asalariado en las granjas meridionales, donde se cría el trigo y la cebada fructifica; pescador o aprendiz de jardinero cotizado

en un modesto fajo de florines, igual da. Aunque alguien lo imagine con sus manos cerúleas, a través de las cuales es posible seguir el largo curso de sus venas, regando una parcela de tulipanes o patatas, o ahumando su cosecha de arenques con innata pericia" (pág. 44).



Sabe el navegante que navega de bolina cuando su nave hace el menor ángulo posible con el viento. Así, con ese sesgo de proa surcaba El Maravelí, ese bergantín fantasma que acostumbraba a llevar cargamento de madera y que de vez en cuando muchos veían por los mares de luto y tempestad en el Pacífico, entre las costas de Sanquianga y Satinga en el Cauca. Era como si lord Dunsany, con sus narraciones de aventuras por aguas misteriosas y oscuras, estuviera en la mano de Martán por este lado del mar: "En la oscuridad despavorida, como un llanto en el alba, o el eco desgarrado de un recuerdo de amor. Los marineros repetían la lección de claridad del último crepúsculo, y el piloto seguía la rutina de un rumbo desconocido" (pág. 46). El capitán se había enamorado de su única pasajera, Carmen, una mujer alta, delgada y embelesada, cuya piel bronceada lucía como almíbar de los molinos de caña. El capitán la solicita en amores. Ella elude el cerco. Hasta aquí se puede ver una historia de amor no correspondido. Pero cuando el capitán se siente despreciado en su empeño, toma una decisión: incendiar su barco para que el fuego consuma lo que el amor no logra. Helcías Martán Góngora narra en un tejido de palabras que extienden su tono por la poesía en la recurrencia de la imagen: "Alta mar. Media noche en el corazón y en el tiempo. Media noche en la razón, en el deseo y en la ira, la mujer se empinaba sobre el desdén. Ya era una es-

tatua en la cima de la montaña". De inmediato el cruce con una descripción que se hace precisa en el actuar del capitán: "Dirigiose al puente de proa, sacó una lata de *querosín* y con ella regresó a la popa solitaria. Poseído de súbita locura, con pulso firme, regó el petróleo y acercó la llama. ¡Fuego!... Ardía el barco. Los marineros dormían en sus camarotes. Carmen también dormía" (pág. 47).



El Maravelí no desaparece; se torna leyenda entre los habitantes por donde alguna vez navegó con sus velas hinchadas a la bolina por los vientos suaves que lo empujaban ahora a una memoria de cultura colectiva. Alfonso Martán Bonilla, quien hace un análisis introductorio a *Socavón*, establece que se trata de una recreación de lo real maravilloso. Durante la época de la cuaresma los pueblos costeros están atentos a la entrada de El Maravelí a las bocanas de los ríos del Pacífico. Es entonces cuando el capitán comienza a llamar a lista a quienes quieren obtener dones del enamoramiento, fortuna o fuerzas. Si el nombre mencionado está muerto, los tripulantes contestan, ¡presente!; si está vivo, el mismo coro de la marinería responde, ¡ausente! El buen tino de Martán Góngora estuvo en llevar su narración por fuera de los parámetros del folclor y del costumbrismo para darle una categoría universal donde los elementos narrativos se estabilizan a una altura en que la magia popular se torna magia literaria. Arrullos, balsadas, cantos de bogas, alabaos, currulaos, curanderías y leyendas son empleadas en la narración como para indicar que hay un territorio donde la voz, el dialecto del litoral existen entrelazados a una naturaleza soberbia. Los efectos de la ruina que las

compañías extranjeras sufren por causa de allá, de Europa, en el territorio de acá, se debe a la guerra. No van ni vienen remesas de esas empresas. La compañía The Timbiquí Gold Mines ha tenido que liquidar sus operaciones por tiempo indefinido. Sus geólogos y funcionarios administrativos han tenido que regresar a París llamados con urgencia a prestar el servicio militar. Con la ida de los extranjeros la selva no se derrumba; lo único que entra en deterioro reverencial son esos lugares donde su influencia se hacía sentir: "Entre las calles de Santa María de Sesé flotaba aún el aire de un bulevar desmantelado. Clima de colonia europea, atmósfera cosmopolita. El diálogo criollo se hibridaba de locuciones francesas, supérstites del cercano esplendor, y hasta el buen amor se matizaba de íntimos galicismos" (pág. 56).

La colonización comercial es dramática. Los que han llegado al Cauca no venían para hacer historia, sólo para lograr un pucho de metal precioso, de mercancías que vender, de madera que expoliarle a la selva y de esta forma paliar esa pobreza que ahora los lanzaba a la aventura. Eran hombres de trabajo no tanto por su empeño, sino porque siempre vislumbraban frente a sus ojos un becerro de oro. Hans, el holandés, como personaje de Martán Góngora, es la síntesis de la herrumbre. A él, como a muchos de los que por distintos caminos habían llegado al litoral pacífico, el destino le enseñaba que había que habituarse a las palabras de quienes lo rodeaban, a la extraña comida constituida muchas veces de plátano, de *yuyo* y agua de panela. No había para ellos presente ni futuro resuelto: "Hans aprendió, sin mucho esfuerzo, la cruel dialéctica del hambre, cuando todas las puertas de los graneros, una tras otra, se cerraban. Muy pronto se recibió de doctor en promesas y fallidas esperanzas. Los días fueron meses y los meses refrendaban con años los éxitos fugaces y los fracasos prolongados" (pág. 57).

Socavón es un relato simbólico de un territorio que impone la fuerza de su naturaleza por encima de toda

consideración humana. Ésa es la estatura de una región que no se ha dejado domesticar a pesar de los embrujos que lanza para que la conquisten. En ese embrujo ha estado toda la conquista del territorio nacional. La particularidad regional que trata Martán Góngora se puede explayar para entender lo que ha sido la colonización de una geografía difícil como la colombiana. La universalización debe precisarse en la captación del ritmo de la aldea que se interpola en un escenario donde el autor descubre literariamente un nuevo paisaje.

El monólogo mental de Rosa Seibel en el capítulo denominado "El aeropuerto" es un renacimiento de alguien que con avidez muerde la fruta de la ira. La cólera de una mujer que se autodefine como "nacida en aldea lejana, anclada en el mar verde de la selva, en el límite de los manglares", no es otra cosa que la protesta a la imposición del hombre, del padrastro violador: "Aún me quema el rostro de su vaho alcohólico y me persigue su ráfaga de infierno. Su cara, sin afeitar, dejó en mi ser la huella de un arado" (pág. 68).



La vida en *Socavón* adquiere, al lado de lo extranjero, color mestizo, un mismo cuenco para que todo se revuelva en su distancia y significado. Rosa Seibel es la estética de lo rudimentario de aquella mujer que al tener que huir a Colón y Panamá ejerce, como ella misma lo dice, todos los oficios honestos que una muchacha fea y pobre puede desempeñar. Es ella el destino limitado y a

la vez la tragedia sin salvación de quien todo lo recibe en su silencio porque su vinculación con el destino solo tiene salida cada vez que se sumerge en el río, en "el agua purificadora de rencores pretéritos", donde puede ella, que ha sido cocinera, nodriza, vendedora de lotería, dependiente de almacén y modista, restañar las profundas heridas que le ha brindado la vida.

Al lado de Isabel, en este cuenco literario de un destino fatal y sin salida, por su lado, que es por igual el lado de todos los que han venido a integrarse y a vivir este territorio, están las voces, las historias que entran a su bar La "Panameña". Nadie sabe quién dirá las palabras. Las palabras están ahí, en el papel, como para que se sepa que es de todos. "Así habló alguien, en la tienda de Rosa Isabel". De inmediato comienza la descripción de lo que todos se suponen han de saber por ser parte de los vasos comunicantes de un discurso que les es común. Sin embargo, la descripción del buzo cuando es sacado de su escafandra es como para que todos sepan y nunca olviden lo que significó el fin de la vida bajo el mar: "Despojado de la férrea vestidura, una flor de sangre brotó desde su boca. Y todo él se dobló, vencido por el peso infinito de la muerte".



La propuesta de Martín Góngora lleva a que en el Pacífico hay otro tipo de muerte que pasa más allá de las circunstancias accidentales que sufrió el buzo. Se trata de la integración a la selva, donde la individualidad se disuelve como para que todos en el poder verde del mar queden absorbidos como la chispa en el fuego del nirvana. Las aguas llaman, el tibio rumor de las olas reiteran en su cadencia. El mar con sus aromas contribuiría a la enajenación de los sentidos, a esa embriaguez sin

vino que frente al mar envolvía al holandés. Vivir en el Pacífico es un estado de arrebató místico: "Como el pez cautivo de una naturaleza muerta, al que por un milagro, de improviso, devolvieron a su líquido imperio. Él no tenía ya memoria de tan sutiles reflexiones, porque advertía en su sangre un rumor desesperado de adioses".

ÁLVARO MIRANDA

Una prosa tensa e intensa

Tamerlán

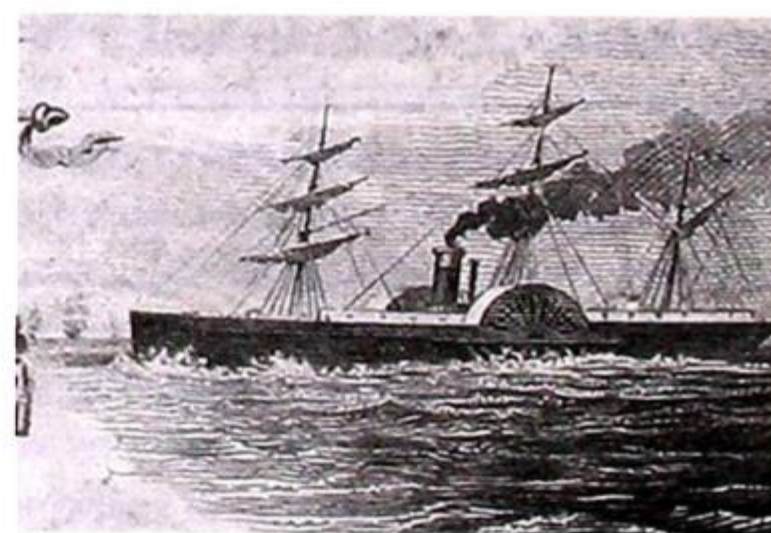
Enrique Serrano López

Seix Barral, Bogotá, 2003, 280 págs.

La literatura contemporánea es en buena parte una literatura de modas. Basta con que un autor tenga éxito de ventas con una obra sobre un tema determinado, para que durante ese mismo año aparezcan veinte obras distintas con los mismos ingredientes del *best seller* aludido, cuyos autores "casualmente" estaban trabajando en el mismo asunto. Así, las librerías y las editoriales funcionan a base de migratorios *microbooms*, que tienen una esperanza de vida igual al tiempo que se necesita para saturar de un tema a los lectores. Aunque cada *microboom* tiene una o dos obras mayores que seguramente serán leídas dentro de varios decenios, la gran mayoría de las obras son tan efímeras como el *microboom* en que nacieron, pues las más entre ellas surgieron del mismo ánimo mercenario que ostentan las editoriales particulares que financian esos "fenómenos del mercado" de nuestros días.

En resumen, al parecer la industria editorial descubrió que, antes incluso que autor o estilo, lo que vende es el tema. Así, tenemos el fenómeno del narcoterrorismo, por lo que ya podemos hablar —sin importar lo terrible que suene— de una

"literatura sicaríesca colombiana". En Francia, por su parte, está la literatura sobre temas sexuales, generalmente "autobiográfica", donde las editoriales compiten con orgías e incestos por el "escándalo del año", dado lo cual inundan el mercado con publicidad y artículos periodísticos desde antes de que el libro mismo esté listo. Dentro del mismo orden estaría la literatura de autosuperación, pionera de los *microbooms* y la mayor en ventas (así como la menor en calidad). Finalmente, para dar un último ejemplo, está la "novela histórica", un género que llena numerosos estantes de las librerías contemporáneas, y que constituye un caso bastante particular, pues tiene antecedentes tan ilustres como Stefan Zweig —inclusive, de alguna manera, el mismo Shakespeare—, pero en nuestros días se ha convertido en un género producido en forma industrial, con unas reglas fijas que buscan satisfacer a la media de los lectores y, por lo tanto, con una calidad literaria generalmente baja... Es decir, aunque la "novela histórica" tiene una tradición de larga data a sus espaldas, sólo en nuestros días se ha convertido en un *microboom*.



La maldición de las modas literarias ha hecho que muchos lectores, cuando estamos en una librería curioseando entre los estantes, compremos libros sólo si sabemos que no son parte de un *microboom*. Por eso, quizá lo primero que podríamos decir de la novela *Tamerlán* de Enrique Serrano es asegurarle al lector exigente que NO pertenece a ningún *microboom*... Si la mayoría de las obras de las modas literarias son chicles que se mastican un rato y luego se botan sin que dejen nada